

Mounier y Domenach: un testimonio póstumo

Jean Marie Domenach

Ex director de la revista *Esprit*.

(Fragmento¹ seleccionado del libro de Jean Marie Domenach, recientemente publicado en Francia: *Beaucoup de gueule et peu d'or: Journal d'un réfractaire (1944-1977)*. Ed. du Seuil, Paris, 2001, págs. 65-68. Traducción: Carlos Díaz.)

30 de septiembre de 1950

Hace mucho que he dejado de escribir en este diario. Más bien, no he podido hacerlo. En estos meses que han pasado desde su muerte² hasta las vacaciones he vivido en una especie de frenesí de trabajo. No hubiera creído poder dar tanto de mí. «Salvar, salvar», esta palabra se repetía sin cesar en una cabeza que se entregaba a mil tareas y no volvía a comenzar sino por ese extraño recurso que los combatientes o los enfermos encuentran al final de sus más duros esfuerzos.

Su muerte se me ha escapado entre las manos. Desde mi adolescencia he sido condenado a correr siempre detrás del acontecimiento. Apenas me ha sorprendido que haya que avanzar, ir más allá de uno mismo, decidir antes de reflexionar. ¿Podría, sabría pararme? Lo que me falta —lo sé mejor tras haber leído la biografía que acaba

de editar Béguin³— es ese tiempo de formación y de meditación pasado casi fuera del mundo, que es tan benéfico de los dieciocho a los veinticinco años, precisamente esos años en que yo fui arrojado a un esfuerzo escolar que mi cuerpo apenas podía sostener, y desde allí,

imposible hacer comprender a mis hijos hasta qué punto producía agotamiento de energía entre el miedo y el sobresalto a quienes como yo no estaban tallados a su medida.

Una y otra vez me he echado a las espaldas un fardo demasiado



Mounier y Domenach

bruscamente, a esa Resistencia antinazi, respecto de la cual —bien lo sé, con desesperación— me será

pesado, empujado tanto por el acontecimiento, como por esa fuerza secreta que continuamente

me ha hecho ponerme en pie para aceptar el riesgo que siempre me ha distinguido, cuando yo hubiera debido permanecer en mi lugar, reflexionar, formarme. ¡Pero nosotros no éramos tan numerosos!

Y una vez más el acontecimiento, la mano de Dios ha caído totalmente sobre mí esa mañana del 22 de marzo, cuando Fraisse,⁴ tras haberme despertado bruscamente, echándome el brazo por la espalda, me ha anunciado: «¡él ha muerto!».

Él ha muerto, y yo he tenido que tomar su cabeza entre mis manos para ponerle la camisa, sintiendo hacia su orina derramada mi respeto. Le he querido como él nunca me permitió hacerlo, cabeza dura, exigente, cabeza colmada de sonrisa, inteligencia admirable, que rodaba entre mis manos.

Seis meses antes, bromeando respecto de su primera crisis cardíaca, le había recordado el coro griego: «¿Qué va a ser de nosotros, si perdemos a nuestro padre?». No me imaginaba yo entonces que conocería esta desolación, y que sería dejado solo, con el sentimiento de que mi futuro se venía abajo junto con mi pasado, solo con el terror de haber salido de la infancia, y es quizá ese sentimiento el que todavía, después de seis meses, no me he atrevido a mirar cara a cara.

No quiero dorar nuestra amistad. Él era duro, testarudo, exigente. Esa constante trasposición intelectual que él hacía de las cosas y de las gentes me irritaba. Esa misma mañana me había sermoneado porque no iba lo suficientemente deprisa, habría tenido que saltar desde el autobús para llevar las pruebas a la imprenta. Yo le quitaba la razón sabiendo que él tenía razón en un plano en el que yo nunca llegaría a concitarme con él. En esas circunstancias, me marché a las 2, mal, apesadumbrado por esos reproches, por esa continua

vigilancia a que me sometía, sin ayudarme nunca, mientras yo pensaba que había hecho lo imposible por plegarme a él, tal vez demasiado, por servirle. Volví a media noche con Baboulène⁵ de una cena que nos había reunido en casa de André Denis. La casa dormía, y yo no podía saber que estaba a tres horas de su muerte.

¿Qué me ha dado Mounier? Nada de lo que los hombres se dan de ordinario, ni sus confianzas, ni su interés, ni —en modo alguno— su admiración. Él me había elegido, eso es todo, y eso es lo más grande. ¿Por qué? Me lo he preguntado frecuentemente. ¿Por qué? Mis insuficiencias le eran particularmente sensibles, nada en nuestro temperamento, en nuestro estilo, se correspondía. Él me había elegido y yo le había entregado mi fidelidad; tal vez me había elegido simplemente porque me sabía capaz de eso, porque el uno y el otro sentíamos igualmente que ambos habíamos entrado en una época en la cual nada valía más que una alianza de hombre a hombre.

Aunque él me haya comprendido mal, o me haya utilizado mal, si alguna vez alguien que no sea yo lee estas líneas, quiero que sepa bien que la irritación que hubiera podido sentir hacia él no fue capaz de morder ni siquiera un solo instante en esa fraternidad en la que hemos vivido —no puedo decir en esa *amistad*, pues para ello hubiera sido necesaria una igualdad, un intercambio que no existieron entre nosotros—, quizá sea mejor hablar de una *fraternidad*, aunque todavía sea un término inexacto, haría falta hablar de ese sentimiento más elevado que Malraux llamaba *fraternidad viril*: el entendimiento a muerte en el combate, la transparencia no buscada pero otorgada como condición de vida, y —para mí— la vinculación a lo más grande que yo, la estima de

esa fuerza, de ese *rigor* que yo no poseo naturalmente, que siempre me ha arrastrado hacia los otros, y que me ha unido a él.

Eso es lo que nosotros hemos salvado para siempre de los tiempos antiguos, eso es lo que hemos hecho revivir, eso es nuestro honor.

En fin, me he dado cuenta de que, desde 1939 hasta 1950, he vivido de un tirón. Como el fiel servidor de una casa noble, había yo alienado la sustancia de mi vida: el matrimonio, la paternidad, eran como un ejercicio normal, apenas reflexionado, y la meditación no constituía para mí una necesidad. Su muerte rompe una etapa tal vez prolongada. De golpe me doy cuenta de que amo a mi mujer y a mis hijos, lo cual no es una debilidad, una costumbre, el aspecto exterior de una vida, sino también su textura. Que yo podría comenzar a vivir hoy de otro modo, si Dios me deja tiempo para ello y me da la fuerza necesaria.

Notas

1. Jean-Marie Domenach (Lyon, 1922-1997) es nombrado por Mounier en 1946 secretario de la revista *Esprit*. Tras la muerte de este último, después de A. Béguin, pasa a dirigir *Esprit* «nueva serie», hasta finales de 1976. A él le sigue Paul Thibaud.
2. Aunque aquí no se mencione su nombre, se refiere a la desaparición de Emmanuel Mounier, fulminado por una crisis cardíaca el 22 de marzo de 1950. Por la lectura de estas líneas se mide mejor el poder de fascinación y de movilización que tuvo el fundador e incansable animador de la revista *Esprit*.
3. Albert Béguin sucederá a Emmanuel Mounier en la dirección de la revista *Esprit* en marzo de 1950.
4. Paul Fraisse, redactor de *Esprit*. Como Emmanuel Mounier, Henri-Irénée Marrou, Jean-Marie Domenach y Jean Baboulène y sus familias respectivas, vivía en la copropiedad «Les Murs Blancs» que reunió al primer círculo de la revista *Esprit* en Châtenay-Malabry, ayer periferia y hoy parte de la ciudad de París.
5. Jean Baboulène, redactor jefe de *Témoignage Chrétien*, vivía, como Mounier, en «Les Murs-Blancs».